



Xavier Bru de Sala

Peligrosa bondad

Tiempo es, el navideño, de buenos deseos, no siempre acompañados de las mejores intenciones, ni de los correspondientes resultados. Mi deseo, y créanme que es bienintencionado, se encuentra inmejorablemente expresado en la última magna novela de Miquel de Palol, *El testament d'Alcestis*: "¡Tantas veces la aspiración a la bondad no es más que vanidad y soberbia encubiertas, tantas veces pretender ser buenos, y encima creer que lo somos más que los otros, nos permite portarnos como depredadores!". En toda la obra, no aparece la menor alusión a Alcestes, si bien es la clave para comprender de qué modo el tema tratado por el autor no es otro que la bondad. La bondad como disfraz y la bondad verdadera (suponiendo que incluso ella no tenga mucho de impostación). Conviene recordar al lector de Palol, y espero que se conviertan en uno de ellos, que Alcestes, la heroína de Eurípides, accede a morir en lugar de su marido. Su gesto, de veras definitivo, conmueve a más de una divinidad, y la amorosa mujer es devuelta a la vida sin haber previsto ni esperado una compensación tan exquisita.

Al parecer con más estupidez que inteligencia, la madre naturaleza nos ha inoculado dosis portentosas de autoestima, sin las cuales no acertaríamos a sobrevivir. En los juicios que cada cual forja de sí mismo, interviene, siempre a favor nuestro, la autoestima, de modo que somos siempre más benévolos con nosotros mismos que con el prójimo. Justo al revés de como solemos ser juzgados por los demás, y no digamos por alguien que conociera nuestras verdaderas intenciones, esas que tan bien sabemos ocultarnos. Pero de ahí a considerarse cada cual un dechado no siempre comprendido de virtudes, de modo que incluso al clavar puñaladas deberíamos obtener agradecimiento del que tan merecidas las tiene, media un trecho que, por lo menos durante las fiestas navideñas, sería deseable no recorrer. ¿Tan difícil es reconocer en uno mismo las imperfecciones,

los graves defectos, los sentimientos oscuros de la naturaleza humana? Lo es. Tan difícil que el camino requiere tanto escepticismo como heroísmo.

Los puntos cardinales sobre los que la bondad se orienta son la generosidad, el interés, la inteligencia y la reciprocidad. A mayor generosidad, más bondad, pero cuanto menos interesada, mejor. A menos inteligencia, aplicada a las consecuencias de los actos bondadosos, más peligrosa es

siento por ellos, pero la bondad de los tontos, de los desarmados, de los cobardes, tiene muy poco valor. Espero que no se encuentren en la disyuntiva de escoger entre desalmado y desarmado, pero ya pueden suponer qué les recomendaría (aunque al oído y de manera ocasional).

Ahí es donde topamos con algunos de los peores vicios de nuestra civilización, consistentes en un cúmulo de suposiciones erróneas, originadas todas ellas en la infalibilidad de la bondad, pero de cuyos resultados deberíamos librarnos, tanto como de los jinetes del Apocalipsis. La panoplia, sobre la que no seré exhaustivo en atención a la fecha de hoy, se encuentra flanqueada por dos torreones. A un lado, el pensamiento positivo. Al otro, la expulsión del mal. Según el pensamiento positivo, a condición de que lo ansiado no sea del todo egoísta, basta con desear, con acumular intensidad del sentimiento e inundarnos de efluvios del corazón hasta verterlos en derredor, para conseguirlo. De ahí proviene, entre otras lindezas, que la no curación del cáncer se deba a un fallo del propio enfermo, o la creencia de que el clima se comportaría al reducir las emisiones. De la perversión simétrica florecen los ejes del mal, siempre lejos de nosotros, los que nos adjudicamos la santidad, siempre recíprocos. Bien al contrario, como



GALLARDO

la bondad. Sobre la reciprocidad, ¿se prestaría el bueno de Admeto, marido de Alcestes, a morir por ella? Supongamos que no, pero cualquiera que sea la respuesta, se trata de una pregunta letal para la bondad. Siempre hay que esperar menos de lo dado, incluso bastante menos. Nunca un trato equivalente, pues entonces se convierte en comedia. ¿Y una puñalada? ¡Caramba! Nuestro alrededor está lleno de ejemplos de devolución de mal por bien. Por lo que la bondad sólo puede ser valorada, y por lo tanto verdadera, si proviene de alguien capaz por lo menos de defenderse con gran eficacia. Incluso de atacar si es preciso. Devolver bien por mal es estupidez, pues invita a los receptores de nuestras bondades a maltratarnos. Lo

enseñan la historia, la filosofía, las artes y las religiones, la bondad y la maldad andan siempre entremezcladas, luchando entre ellas, sin que haya nunca un vencedor si no es provisional. No sólo eso, para que brote el mal, a menudo no es necesario siquiera convocarlo. En cambio la bondad requiere esfuerzos continuados y acertados, tiende a escurrirse y desaparecer a poco que nos descuidemos.

Si me permitieran un consejo, más fácil de dar que de aplicar, escribiría lo siguiente: Parécete a quien pretendes ser. Actúa de modo que los demás te consideren como deseas verte. Acabemos con un buen deseo: seamos más severos con nosotros mismos y un poco más comprensivos hacia los demás. ●